

LA NOVELA HISTORICA DE WALTER SCOTT A THACKERAY

La crítica, dejando a un lado las infructuosas tentativas de Strutt y de Jane Porter—autor el primero de *Queen-hoo Hall* y la segunda de *Tadeo de Varsovia* y *Jefes escoceses*—ha discernido el honroso título de *padre de la novela histórica* a Sir Walter Scott. Anotar a la ligera los triunfos de Scott en este género literario y escoger unos pocos de sus inmediatos sucesores para observar la influencia que ejerció, es el propósito del presente artículo.

Con la creación de *Waverly* demostró Walter Scott que la historia y la ficción, aunque opuestas en algunos de sus atributos, pueden sin embargo, armonizándose y combinándose acertadamente, producir una forma de literatura muy agradable, útil y atractiva. No consiste el éxito de Scott en haber hecho de la historia la parte esencial de sus novelas, sino en haberse servido de ella como de un marco para la trama imaginaria y la pintura de los caracteres. La historia en él no es otra cosa que el fondo de un cuadro, el escenario donde se desarrollará la acción novelesca. El interés de los incidentes no se funda en que ellos hayan sucedido realmente, sino en la vida que derivan del momento histórico en el cual se hallan colocados. Algún crítico ha dicho, por esto, que Scott acomoda los hechos de la historia a las exigencias de su arte.

Es de notarse que Walter Scott, en todas sus obras, se queda en la vida puramente externa, lo cual hizo decir a Carlyle que él trabajaba de la piel hacia adentro, sin llegar nunca al corazón humano. Su trabajo en verdad, no pasa de ser una interpretación de caracteres, sobre lo cual mucho se sabe ya. Por lo que mira a las mujeres, hay que reconocer que Walter Scott no supo pintarlas nunca como son. Por las circunstancias espe-

ciales de su vida y sus costumbres no le fue dado conocerlas lo bastante. Prefería siempre las grandes cárceles, las escenas románticas y las fiestas, y por esto las mujeres de sus libros son demasiado convencionales. Además, según el sentir de Ruskin, tampoco tiene héroes, propiamente dichos.

Atendiendo al lugar que ocupan en la historia literaria las novelas históricas de Walker Scott, puede decirse que señalan el primer período en la evolución de este género, es decir, el de los sentimientos románticos y dramáticos.

Inmediatamente después de Walter Scott, y sin duda ninguna bastante influido por él, viene C. P. R. James, real historiógrafo en la corte de Guillermo IV. *Richelieu* fue su primera tentativa en busca de fama en el campo de la novela histórica, pero no le dio resultado. Su estilo no era más que una afectada imitación del de Walter Scott y su poder creador no alcanzaba a realizar la difícil tarea de armonizar lo imaginado con lo verdadero.

Más feliz anduvo W. H. Amsworth, fundador de la revista que lleva su nombre. Aunque sus obras no se distinguen por la trama ni por el análisis de los caracteres, merecen puesto de atención entre las novelas históricas por la manera agradable con que está tratado en ellas el elemento verdadero. Con todo, su evidente superficialidad les quita mucho mérito.

A decir verdad, entre Scott y Thackeray no hay sino un solo nombre que pueda citarse con verdadero aprecio entre los novelistas históricos. Es el de Bulwer Lytton. Su primer ensayo, *Devereux*, puede calificarse justamente como un tímido experimento. En cambio, *Los últimos días de Pompeya* fueron una sorpresa. Para escribir este libro, logró Lytton construir en su imaginación una vívida pintura de lo que fue Pompeya antes de la erupción del Vesubio, y por otra parte, acertó de manera especial con los personajes ficticios que intro-

dujo. Tiene sin embargo los defectos de un historiador: le falta cierta viveza y en las descripciones peca por demasiado concienzudo, y poco artista en la disposición de los detalles.

Bulwer Lytton avanzó un paso en la evolución de la novela histórica. A nuestro modo de ver, señala la época de la rehabilitación de los hechos por la vía filosófica.

Entre todos, a Thackeray es a quien pertenece la palma en este género de literatura. En su *Henry Esmond* nos ha dejado una obra de fuerza imaginativa digna de Shakespeare, y al mismo tiempo de grande acierto histórico. Es la mejor de su clase en lengua inglesa. Es una novela de la vida interna, sin perjuicio de suministrar igualmente una completa descripción de la rutina de la vida externa de aquellos tiempos en Inglaterra, así en casa como en la calle; de la Iglesia y del Estado; de los «Coffee Houses» ingleses, y de las relaciones de Inglaterra con América. Toda la vida y sus circunstancias se hallan en Thackeray; por esto su nombre se ha hecho inmortal. Los personajes de *Henry Esmond* viven y se agitan a nuestro rededor; no sufren, como otros, de idealización exagerada. Tal cosa hace de este libro, según nuestro parecer, la novela histórica más perfecta. Además, su lenguaje es una vívida manifestación de los tiempos en que se supone haber sucedido. Stoddard la llamaba *interpretación imaginativa de la historia*.

Scott hizo de la historia la servidora de la novela; Bulwer Lytton la convirtió en compañera; Thackeray la elevó a la condición de ama y señora. Así pues podemos decir que con Thackeray llegamos al último período del desenvolvimiento de la novela histórica, o sea al de la interpretación imaginativa de la historia.

Thackeray es esencialmente el escritor de la vida interna. El interés de sus relatos se desprende del des-

arrollo del carácter del personaje; de las penas y alegrías que éste experimenta. Aquí es donde reside la fuerza del contraste entre Thackeray y Walker Scott. Para verlo recordemos cómo empieza cada uno de ellos su libro: en *Waverly* lo primero que encontramos es la descripción de la gran carroza y su tiro de seis caballos, del fausto de la casa Waverly y de muchas otras cosas que acompañaron accidentalmente la niñez del protagonista. En cambio, Henry Esmond se nos presenta niño aún, solo en su cuarto, hondamente entristecido y con ardientes deseos de un compañero y de alguien a quien amar.

Tal ha sido la novela histórica. Fácil es trazar su desarrollo hasta hoy, mas no su futuro desenvolvimiento. Todo lo que se puede asegurar es que en lo venidero se conformará la novela, como hasta ahora, con los modos y las variantes de la naturaleza humana. Por lo pronto, la tendencia dominante en el campo de la literatura ficticia es la brevedad. Pero por más que la novela futura haya de ser corta, hay motivos poderosos para pensar que realizará un triunfo de las fuerzas del espíritu sobre las grandes masas materiales de la civilización. Esperemos para el porvenir novelas que tiendan a reformar y a purificar la vida de familia y a mejorar las condiciones sociales que dominan en la actualidad. Cuando este ideal se cumpla, no podrán menos de obtenerse los resultados que de él se esperan, y entonces el novelista del futuro hallará, quizás inconscientemente, los medios de ayudar a la sociedad a alcanzar fines más altos, más puros y más justos que los propuestos hasta ahora, y a que se pongan por obra real y efectiva las peticiones de la Divina Oración:

«Venga a nos el tu Reino. Hágase tu voluntad.»

SOR LEO XAVIER

Brooklyn, N. Y., marzo de 1917.